

Sacerdotal del Prelado se celebra la fiesta del Santo Patriarca Sr. San José.

Contemplemos ahora otro espectáculo más interesante.

LOS TEMPLOS, ORACIONES POR EL SR. LOZA

Entretanto las iglesias de la ciudad, desde la madrugada, reboaban de gente que presurosa acudía á cumplir con el precepto de la misa. Esta puede afirmarse que fué la parte mejor y más fructífera del festival. Sí, porque todos estos actos religiosos, fuentes inagotables de beneficios, dirigieron al Eterno en favor de nuestro Pastor y de su Grey. Conforme á la iniciativa de las oficinas de la Curia Eclesiástica, las misas que en ese día se celebraron en todos los templos de la ciudad y la Arquidiócesis, aplicáronse por el Prelado; más en el Sacrificio del Altar contiene el Cristianismo la Oración suprema, la Ofrenda de precio infinito que al Altísimo se dirige, Ofrenda que atrae como lluvia copiosa las gracias y bendiciones perpetuas del cielo.

En la mayor parte de los templos hubo misa solemne con *Te Deum* y en varios funciones espléndidas, precedidas de novenario ó Triduo, según vimos en los avisos respectivos, en los que se hacía mención expresa de ofrecerse aquellos cultos al Altísimo por el acontecimiento del Jubileo Sacerdotal del Ilmo. Sr. Loza.

Pero apresurémonos á ver la parte más espléndida de la solemnidad.

LA Suntuosa Función de la Catedral.

Este fué el centro de las manifestaciones, el alma y vida de la fiesta. Comencemos por

LA CONCURRENCIA.

Eran las siete y media de la mañana la hora del Programa, y ya la espaciosa Basílica estaba literalmente cuajada de gente de todas las clases sociales. La generalidad de las familias, con especialidad el sexo débil, madrugó para alistarse á

buena hora y ocupar oportuno sitio. Así es que la parte peor correspondió á quienes la pereza impidió aprestarse al nacer el día.

El concurso fué, según el juicio común, el más brillante y numeroso que se ha reunido en la Iglesia Matriz, muchísimos años, hace. La nave de en medio, en la cual se habían dispuesto dos órdenes de lujosos asientos, ocupada estaba por las damas y caballeros de que se forma la aristocracia tapatía y á quienes una selecta Comisión de caballeros, en traje de etiqueta, encargóse de ir distribuyendo y acomodando en los asientos. La nave del sur la llenaron los gremios y asociaciones de piedad y beneficencia, ostentando sus escapularios, medallas y demás distintivos, y enarbolando cosa de veinte ricos, lujosos y variados estandartes, que semejaban un bosque y un campamento en que resaltaban las sagradas imágenes. El resto del templo, incluso el cornisamento que sirve de base á las bóvedas, y casi todo el Coro, repleto se veía de cuantos en él pudieran situarse; y como sucede en esos casos, no obstante la guardia que del orden cuidaba, de cuando en cuando las apiñadas muchedumbres que atrás quedaban, pugnando por avanzar, semejaban al oleaje de un mar agitado.

LLEGADA DEL ILMO. SR. ARZOBISPO A LA CATEDRAL. MARCHA REAL DEL MAESTRO AGUIRRE.

Cerca de las ocho, un repique á vuelo anuncia que el Metropolitano acaba de llegar á la Matriz, donde lo recibe, avanzando hasta el Sagrario, el V. Cabildo con todos los demás ministros y Capilla del Coro. Apenas aparece S. S. Ilmo. en el templo, el Maestro Aguirre agita la batuta, y lista ya la orquesta bajo la esbelta y elegante ábside, y distribuida convenientemente junto á los órganos la Banda militar de la Escuela de Artes, oyesse el redoblar de los tambores y el bélico acento de las cornetas y llena luego los ámbitos de la Basílica una hermosa marcha sagrada, un real Himno á la Divina Providencia, recientemente com-

puesto por el afamado filarmónico jalisciense que actualmente dirige la música de la Escuela de Artes. En esa grave, reposada, majestuosa y entusiasta pieza fueron los ejecutantes 45 profesores de la orquesta, 40 de la Escuela de Artes, 4 tambores y 4 cornetas de infantería. Además, el renombrado organista de la Catedral, Sr. D. Francisco Godinez, con la habilidad y maestría que le distinguen, ejecutó con su instrumento un *obligado* que dió mayor variedad y realce al conjunto de la religiosa marcha.

La pieza de que hacemos mérito, fué compuesta *ex-professo* por su piadoso autor para la espléndida función que el día 1.º de este año se celebró en la Catedral en acción de gracias á la Divina Providencia y en honra del Jubileo Sacerdotal de S. S. León XIII, habiendo sido, por lo mismo, de la mejor oportunidad su segunda ejecución en la fiesta de igual especie del Jefe del Catolicismo en Jalisco, para cuya fiesta y para que sirva en ciertas grandes solemnidades, fué adquirida ya en propiedad por la Catedral, protectora nata de las Bellas Artes. Considerado el grandioso objeto de la composición, y atendidas las dotes artísticas y catolicidad ferviente del Maestro Aguirre, ya se deja entender que la obra es magnífica, digna de la justa fama de su muy estimable autor, á quien damos los más cordiales parabienes.

Ejecutada la marcha mientras el V. Prelado atravesó el templo y mientras en pié, después, bajo el lujoso dosel, se revisó al lado del Evangelio, siguió á continuación

LA TERCIA.

Esta fué solemne, con música nacional, obra del inspirado Elizaga, Maestro guanajuatense, ejecutada, con respecto á los versículos del segundo salmo, por la numerosa y escogida orquesta ya mencionada, llevando la batuta su hábil Director D. Diego Altamirano, quien supo dar grande interés y dramática animación á todos y cada uno de los variados versos.

En los intervalos del canto coral de

los psalmos 1.º y 3.º, el organista nuevamente se lució, exhibiendo las riquezas de su arte, en pasajes bellísimos que revelaban los más recónditos secretos del generoso instrumento en sus numerosos registros y más agradables mixturas.

Más hé aquí que ya estamos en la parte más importante de la audición musical de ese día, en la

MISA DE GOUNOD.

Al grande artista francés, al inspirado maestro que dejó el campo de lo profano para concentrar su espíritu en solo el pensamiento sagrado, como la fuente purísima é inagotable de la más alta idealidad, como la estética más sublime de la armonía, tocó honrar con las notas angélicas de su Misa de Santa Cecilia, Patrona del arte divino, las Bodas de Oro del Príncipe de la Iglesia Jalisciense. La renombrada obra de Gounod había ya resonado en el recinto de nuestra Catedral, en las honras fúnebres de Alfonso XII y en la consagración episcopal del Ilmo. Sr. López, Obispo de Linares. Pero no la obra completa. La *Gloria*, por ejemplo, nos era desconocida. Mas ahora la magnífica pieza es ejecutada entera. El V. Cabildo no omitió gastos de ninguna clase para que la célebre Misa fuera puesta desde su principio hasta su fin.

Así se hizo, y con un aparato y un servicio que sostiene y aumenta el justo renombre del arte tapatío, la inmortal composición fué desempeñada magistralmente por 47 músicos, incluidos los de los ruidos, órgano y piano; por 22 niños de Coro, llevando las partes de los sopranos, y por otros 20 cantores; todo bajo la acertada y activa dirección del Maestro Altamirano, actual Director de Orquesta en la Catedral y Profesor de los niños de Coro en el Colegio de Infantes. El total de la orquesta fué: 90 plazas.

Es de notar que entre los niños cantantes figuraron Carlos Corcuera y José Granados, pertenecientes á familias aristocráticas de esta ciudad, las cuales quisieron consagrar esa hermosa ofrenda,

en sus Bodas de Oro, á nuestro V. Prelado; y entre los cantantes de mayor edad hizo un papel de la más alta importancia uno de los miembros distinguidos de la Junta Iniciadora, el caballero español Sr. D. Martín Gavica, verdadero artista que conoce á fondo los secretos de la armonía y que ha tomado un participio muy activo en los adelantos últimos de la música religiosa en Guadalajara.

Los solos, en diferentes partes de la Misa, fueron hermosamente cantados por los aventajados niños Salvador Escobar y Estéban Castillo, y por los hábiles Sres. D. Martín Gavica, D. Manuel Martínez y D. Darío Marmolejo.

Tal fué la tropa de artistas en esa gran Misa.

Qué diremos ahora del mérito y ejecución de la obra?

"Oh si yo fuese pintor!" dijo alguien á la vista de un asunto digno del mejor pincel. "Oh si fuésemos artistas! oh si fuésemos músicos y poetas!": podríamos al presente nosotros exclamar. ¡Cuán grato nos sería cantar las bellezas de todo género en que abunda la admirable Misa de Gounod! Allí, en esa obra maestra, no aparecen invertidos los papeles. No. Allí el arte está subordinado á la Religión, la Música á la Liturgia, las notas á la letra, á las palabras de vida eterna, que lejos de sofocarse, de ahogarse entre el barullo de la instrumentación y de perderse en un laberinto de intrincadas vueltas y revueltas de modulaciones de una sílaba ó palabra, dominan por el contrario majestuosas, entre las bellezas del arte, como la encina frondosa se destaca en la pintada pradera, como la luna llena sobresale en límpido cielo entre las fúlgidas estrellas de noche serena, como el Rio Grande, semejante á viajero que nada teme en camino real, surca inflexible la plateada superficie de las ondas del Chapala!

... Allí la letra, en suma, no tiene por destino plegarse á la Música para desarrollar esta sus motivos; sino que los motivos de la Música no son otros que la idea religiosa, y su misión el prestar alas

á la oración, á la plegaria, para volar al cielo, para remontarse al trono del Altísimo, y desde allá, desde las alturas del éxtasis, contemplar el Universo, y cantar las glorias de su Hacedor y Redentor. . . . Y es que la Misa de Gounod se acomoda á las prescripciones litúrgicas! El genio del artista, como águila caudal, ve de frente al sol de la idea, y no emprende su vuelo sino alumbrado por los esplendores del luminar de la Religión! . . . Por eso en los *Kiries* escúchase el gemido y se ve el llanto penitencial. Por eso en la *Gloria* se oye primero resonar á lo lejos, débil, como si procediera de más allá de los astros, un canto de ángeles, perfectamente ejecutado por los niños del Coro, canto que va despues, con las notas de los demás cantores y de los instrumentos, gradualmente aumentando, como que se acerca y como que recibe nuevas y nuevas voces humanas y angélicas y más y más acordes de toda clase, hasta llenar estruendoso los aires y reperentir por todos los horizontes, como si los cielos y la tierra formaran un solo coro. Por eso en el *Domine Deus* y en el *Qui tollis*, parte el alma el acento plañidero y solitario del oboe y los solos del cantante presentan á la vista el alma desolada lamentando desde el abismo de la culpa su triste desamparo y buscando entre tinieblas con sus nadantes ojos al Cordero de Dios, igualmente Dios y Señor como el Padre, que borra los pecados del mundo. Por eso al finalizar la *Gloria*, al cantarse el *in gloria Dei Patris*, parece que asciende el coro y que se pierde en las nubes y que se aleja para siempre en las regiones de la eternidad entre las claridades infinitas del Empíreo! . . . Y por eso el *Credo* comienza con una sinfonía rumbosa y resonante, en que sin embargo las palabras resaltan sobre las notas, como una franca y resuelta profesión de fé, de esa fé que alardea de su manifestación, que no se avergüenza de Jesucristo ni de sus palabras delante del universo mundo. Y por eso en el *Incarnatus*, percíbese apenas al comienzo el canto suave, muy suave, débil y entrecortado, como un

acento de admiración, pero de esa admiración que suspende el aliento, que deja el ánimo estupefacto, anonadado ante la inmensidad del prodigio, ante la sublimidad inaudita del misterio. Y por eso en el *Crucifixus* se escapan al principio exclamaciones tenues y ahogadas de terror y asombro, y se repite la palabra tremenda cada vez con más fuerza y con mayor asombro y terror, como que no se cree, como que se considera imposible y no obstante se tiene á la vista el hecho en toda su espantosa realidad. Y por eso en el *Resurrexit* y todo lo que sigue, el ánimo es llevado á las oscuras regiones del sepulcro, y mira asombrado desprenderse de los brazos de la muerte la vida gloriosa, la vida inmortal, y, en un *crescendo* magnífico, pasearse triunfante Jesucristo por el orbe, y elevarse en las nubes y entre los ángeles y santos á la Jerusalem celeste, y enviar al Espíritu Divino, y conquistar el mundo, y avasallararlo con la verdad y la justicia, y establecer la Iglesia, victoriosa en todo lugar y en todos los siglos, y juzgar á vivos y muertos, y. . . la vida del siglo venidero, la vida sin fin! . . . En todo este triunfo, en toda esta gloria del Redentor, la gran masa coral de voces de todo género, y la escogida variedad de instrumentos, y los ruidos armónicos, y la campana chinesca; todo simultáneo, todo acorde, todo entusiasta y magnífico, produjeron un grandioso efecto, un éxito completo.

Baste lo dicho. Toda la misa de Gounod, sin exceptuar una parte, desde el principio hasta el fin, es hermosa, arrebatadora. Y toda ella, con pocas excepciones, acomodada está, según nuestro humilde juicio, á las instrucciones de la Sagrada Congregación de Ritos y á los preceptos litúrgicos, sobre Música Sagrada. De ahí su mérito! De ahí su alta idealidad, su inagotable inspiración, su grandiosidad imperecedera!

Si la parte artística musical de la fiesta fué digna de su objeto, no lo fué menos la parte literaria ó sea

EL SERMON.

Al Dr. D. Atenógenes Silva se escogió

para llevar la palabra en las Bodas de Oro de nuestro Illmo. Prelado.

No podia la elección haber sido más acertada. El Sr. Lectoral, por la simpatía y prestigio de que goza en todas las clases de la sociedad tapatía, por su brillante lenguaje y elegancia de figuras, por la originalidad y elevación de sus ideas, y por la ternura, fuego y poética unción de su palabra, es el orador preferido de la ciudad, según la voz pública, y cuando él predica, todos quieren oírle.

Ahora bien. Para hacer el panegírico del Santísimo Patriarca Sr. San José y para felicitar á la vez, á nombre de su Grey, al Illmo. Sr. Loza, en su Jubileo Sacerdotal, por doble motivo se esmeró el orador, desempeñando perfectamente su cometido.

No vamos á hacer la crítica de la pieza oratoria, tanto porque nuestros lectores podrán hacerla, pues aquí la damos á conocer, como porque la palabra de Dios pertenece, digámoslo así, á un género aparte, que tratarse debe con veneración y que, sobre todo en los tiempos actuales, conviene que no sea lastimado por el escalpelo de la crítica, y porque finalmente, la amistad íntima con el orador podria poner óbices á nuestra imparcialidad. Solamente diremos que nuestro amigo salió airoso de su comisión difícil, evitando la lisonja, al poner de relieve con los hechos las glorias del Illmo. Sr. Loza, y que unió armónicamente, sin romper la unidad del plan, las dos partes de su trabajo, á saber, el panegírico del Santo Patriarca Sr. San José y el Jubileo Sacerdotal del Prelado Guadalajareño, haciendo fluir la una de la otra, en lo que, por lo demás, no fué necesaria la violencia, pues á nuestro V. Pastor, á semejanza de León XIII, con quien tanto parecido tiene bajo diferentes aspectos, ligan múltiples lazos con el Padre Estimativo de Jesús y Esposo Verdadero de María. Además, dejando á otra persona la palabra, copiamos el juicio que de la citada pieza formuló recientemente un periódico de esta ciudad. "Acabado de cantar el Evangelio, -dice el articulista- su:

bió al púlpito el Lectoral Dr. D. Atenógenes Silva, y comenzó el sermón, magnífica pieza oratoria, correspondiente á la justa fama de que disfruta el predilecto orador de la sociedad guadalajareña. Supo enlazar á maravilla la solemnidad del Castísimo Patriarca Sr. S. José con la de las Bodas de Oro del Illmo. Sr. Loza; hizo recuerdo de los Obispos que en este siglo han regido los destinos de la Mitra de Guadalajara, y consideró al actual Arzobispo, como un digno heredero de sus virtudes y saber, y que, como aquellos, las reunió todas en sí. Abundó en pensamientos originales, oportunos y valientes; la concatenación y enlace de ellos correspondió admirablemente, y el epílogo se desprendió con naturalidad, dando merecidos plácemes al egregio Pastor que conmovido lo escuchaba. ¡Ojalá se imprimiera tan notable sermón para que de todos sea conocido!"

Los demás periódicos, aun liberales, de la ciudad, se expresaron igualmente en términos muy honoríficos del trabajo del Sr. Silva.

Tiempo es ya de que hablemos del protagonista de la solemnidad, que lo fué

EL CELEBRANTE.

El centro, sí, de la gran manifestación, el foco de donde partieron los rayos de luz para refractarse en el hermoso iris de todos los pormenores de la fiesta, lo constituyó la Misa del cincuentenario, el ofrecimiento del gran Sacrificio del Altar, la oblación de la Víctima Divina, por el sacerdote eterno según el orden de Melquisedech, por el Pontífice de la Ley de Gracia, por el Metropolitano de la Iglesia de Guadalajara. A él se dirigían todas las miradas. En él se concentraban todos los pensamientos y afectos. El Pastor orando por su Grey, el Aaron jalisciense presentando al Eterno la Hostia Sacrosanta de Propiciación por su pueblo: hé aquí el argumento de ese drama que se llamó *Las Bodas de Oro del Illmo. Sr. Loza*.

Rezada la Tercia por S. S. Illma., asistido en este y los demás actos por los Se-

ñores Capitulares, Arias, Parga y García; verificada la procesión, por la nave de en medio, del altar mayor al de Sr. S. José, con el rito acostumbrado, procesión en que, de ida y vuelta, bendecía á cada instante el Pontífice á su pueblo prosternado, siguió la Misa, que el venerando sacerdote celebró, lo mismo que los demás actos pontificales, con aquella pausa, con aquel fervor, con aquella unción, que le son característicos y que edifican. ¡Qué magnífico aspecto presentaba, qué religiosa y veneranda figura hacía al pontificar, ora cuando con trémula, grave y conmovida voz recitaba ó entonaba las palabras de los Divinos Oficios; ora cuando empuñado el Báculo del Pastor, y ceñida la Mitra del Obispo, y ataviado con las demás ricas vestiduras y arreos pontificios, todos estrenados en ese día, como regalos del V. Cabildo, de la Sociedad Católica y de otros gremios, avanzaba con paso lento hácia el altar, hácia el sitial ó por la nave del templo; ya cuando escuchaba inmóvil, atento y con ejemplar y nada afectada modestia, al predicador; ya principalmente, cuando, levantando férvido sus manos al cielo, ostentaba á la vista del pueblo arrodillado, la Hostia de valor infinito y el Cáliz de bendición, entre las nubes del aromático incienso y batiendo marcha el Coro al Rey de la Gloria, con los majestuosos, graves y patéticos acentos del régio Himno á la Providencia, obra del maestro Aguirre! Aquella oración, aquella plegaria del Pontífice, asociada y presidiendo á las plegarias de los fieles, ¡con qué olor de suavidad ha de haber llegado al trono del Eterno, y qué torrentes de misericordia y lluvias de bendición hará descender sobre la cristiandad jalisciense!

Te Deum Y FIN DE LA CEREMONIA.

Concluida la Misa y dada la bendición solemne por el Illmo. y Rvmo. oficiante, revestido el mismo con la vestiduras correspondientes, entonó el sublime himno de S. Agustín y S. Ambrosio, el cántico de las grandes solemnidades, el *Te Deum*,

el cual fué luego brevemente ejecutado á toda orquesta con la bonita música del malogrado maestro Meneses, artista mexicano.

Con esto concluyó la suntuosa función de la Catedral, digna ciertamente de la M. I. Corporación que la dispuso y de la magnificencia de la fiesta que con ella se celebró.

Pero las Bodas de Oro no terminaron ahí. A la solemnidad en la Matriz hicieron séquito más y más demostraciones de parte de los diferentes grupos sociales. Fueron las primeras, en el Arzobispado,

LAS AUDIENCIAS A LA JUNTA INICIADORA, AL V. CABILDO Y A LOS COLEGIOS SEMINARIO Y DE INFANTES.

Apénas tomó un parco desayuno, S. S. Illma. volvió á su Palacio, y ya la respetable y entusiasta Junta Iniciadora, acompañada de las demás personas que á ella quisieron incorporarse, aguardaba á su V. Prelado, para darle sus felicitaciones y ofrecerle, conforme al Programa, en nombre de los fieles de la Arquidiócesis, un valioso presente, hecho venir de Roma. Tomó la palabra en esta audiencia, el Presidente de la Corporación Sr. Lic. D. Trinidad Vereá, una de las notabilidades más salientes de nuestro foro, y desempeñó su cometido con un discurso que leyó, digno de su afamada pluma, el cual dignamente le fué contestado por S. S. Illma.

El regalo de la Junta consistió en un magnífico Pectoral de oro, adornado con piedras preciosas, comprado en Roma, en la ciudad de las Bellas Artes, y museo de los objetos sagrados. Lo tuvo en sus manos el egregio Pontífice Leon XIII y personalmente bendijo la preciosa cruz, de cuyo mérito hablaron tanto Su Santidad como otros personajes de la Corte Romana en términos honoríficos; é importó, situada en Guadalajara, \$3.000. No cupo, sin embargo, á la Junta la satisfacción de entregar el valioso presente á S. S. Illma. en el día deseado, sino hasta algunos días después, debido á la falta de buen servicio en el transporte.

Inmediatamente después de la Junta, presentóse en el salón de audiencias el M. I. y V. Cabildo, presidido, á falta del Sr. Dean, enfermo, por el Sr. Arcedean Dr. D. Francisco Arias y Cárdenas, quien dió los más cumplidos parabienes, en nombre de la M. I. Corporación, á su Jefe nato, en su Jubileo Sacerdotal, mediante un afectuoso discurso que leyó S. S. emocionado, y al cual respondió el digno Metropolitano con una sentida alocución en que expresaba su profunda gratitud al V. Cuerpo que tan espléndidamente había solemnizado por su parte el Quincuagésimo Aniversario Sacerdotal de su Prelado.

Ya desde la víspera, como lo previno el Programa, los Sres. Capitulares García y Gordillo, en calidad de Comisionados del Capítulo, habían presentado á S. S. Illma., concluidos los solemnes Maitines de la Catedral, un obsequio valioso preparado por el M. I. Cuerpo, y obsequio que consistiendo en todos los paramentos que portaba, los estrenaba el Prelado en su Misa Jubilar.

Al salir del salón el Cabildo Metropolitano, los corredores inmediatos ya reboaban de alegre, franca y decidora juventud, porvenir de las letras, de la Iglesia y de la Patria. Eran los colegiales del Tridentino, vistiendo el tradicional é histórico traje del manto y la beca; y eran los numerosos alumnos seculares del mismo benemérito Establecimiento, glorioso decano de los planteles de educación en Jalisco; y eran los cándidos niños de Coro, que diariamente cantan las alabanzas divinas y ofician como inocentes ministros en los Sagrados Oficios de la Catedral, para cuyo fin se educan en el Colegio de Infantes.

El Jefe de aquella juventud escolar, el Sr. Rector del Seminario, Maestrescuelas Dr. D. Miguel Baz, fué quien, acaudillando al entusiasta grupo, entró á la Sala Arzobispal y felicitó á nombre de los dos Establecimientos al Rvmo. Pastor, quien no omite sacrificio por que la juventud escolar llegue feliz á la meta de sus gloriosos destinos. S. S. Illma. se sirvió contestar